

los afectos y algunos otros, así como la peculiar expresión *sibi quisque*.

De entre los de movimiento se plantea el problema con los de aproximación: *plico* y *aplico*, *extraneo*, *urgeo*, *torno* y *contorno*, *fugio*, *uagor*, *percurro*, *uenio* y *uado*. El propósito es observar cómo se ha producido el hecho sintáctico de que en ciertos usos, habiéndoseles arrimado una forma pronominal, se unas veces, *sibi* otras, se les haya adherido definitivamente, lo que ha producido resultados visibles en las lenguas romances, que el prof. Dahlén conoce, lo que le permite ejemplificar, incluso en castellano.

Con respecto a los verbos de cambio o de reposo, enfrenta la cuestión en *obdormisco*, *contremulo*, *consto* y *firmiter*. De los *uerba sentiendi* encara a *confido* y *meditor*. Como *uerbum affectuum* atiende a *doleo*. En el rubro de otros pronominales, observa el comportamiento de *mentior*, *excido*, *ago* y *tracto*.

Para el agregado de un pronombre complementario a los de aproximación, entiende que ha mediado la influencia de transitivos como *se conferre*, *se comouere*. Los de movimiento de que se trata han legado diversos pronominales a las distintas lenguas romances.

El autor defiende la presencia de *se* ante *urgere* considerando que es ahí un pronombre reflexivo-medio en función de objeto directo. En cuanto a su ayuntamiento con *uenire*, obedece a una denotación separativa del pronombre, lo que ha promovido construcciones romances como, p. ej., el cast. 'venirse abajo', lengua en que "La mayoría de los verbos intransitivos de movimiento y otros muchos admiten libremente el reflexivo", según Vicente García de Diego<sup>1</sup>.

El reflexivo que acompaña a verbos de cambio o de reposo es el resultado de un proceso de confusión acaecido en el bajo latín, de modo que varios intransitivos de quietud o de estado, por analogía con otros intransitivos de movimiento, se atrajeron un pronombre reflexivo pleonástico.

En el giro *sibi quisque*, según el prof. Dahlén, el reflexivo no solo refuerza el sentido distributivo del indefinido, sino que además, cuando acompaña a verbo de movimiento, le subraya un sentido fuertemente separativo que para el bajo

latín ya habían anticipado Ernout y Meillet<sup>2</sup>.

El corto pero nutrido volumen se complementa con bibliografía e índice de palabras citadas, que incluye tanto las latinas como las de lenguas modernas, sean o no romances.

[Al Instituto de Filología Clásica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires han llegado en canje, desde Suecia, los números XXXVII y XXXVIII de esta serie (del último véase nuestra reseña en este mismo volumen), dos fascículos impresos por fotocopia que, aunque de manifiesta irregularidad en el margen derecho, son, no obstante, de impresión sumamente cuidada.]

Alberto J. Vaccaro

<sup>1</sup> V. García de Diego, *Gramática histórica española*, Madrid, Gredos, 1951, p. 319.

<sup>2</sup> A. Ernout y E. Meillet, *Syntaxe latine*, Paris, Klincksieck, 2a. ed., 1953, p. 197.

\* \* \*

Carlo Malandrino, *Oplontis*. Napoli, Loffredo Editore, 1978.

Hace tres años recordamos el XIX centenario de la erupción del Vesubio que sepultó las tres ciudades, Herculano, Pompeya y Estabias. Fueron leídas en algún curso de Latín las emotivas cartas de un testigo, Plinio el Joven, a Tácito, escritas muchos años después, sobre su visión desde Miseno (epístolas 16 y 20 del libro VI) como también el epigrama 44 del libro IV de Marcial.

Por ese tiempo llegaba también a nosotros esta breve publicación sobre Oplontis, población situada entre Herculano y Pompeya, que en el último decenio estaba surgiendo esforzadamente a la luz del sol y de la Historia. Las 91 páginas de de esta lujosa *ristampa* de la 1ra. edición de 1977 se inician con una introducción de Giuseppe Maggi, autor de varios trabajos sobre el mismo tema, quien llama a su colega "indagatore acuto e attento

della sua terra", elogiando su experiencia, competencia, capacidad técnica y operativa. Siguen las densas páginas sobre las diversas cuestiones del nombre, orígenes, ubicación de la misteriosa localidad, algunas de ellas muy controvertidas. La llamamos misteriosa porque ha sido totalmente ignorada por escritores, historiadores y cronistas; pero está en un único documento cartográfico, una suerte de itinerario internacional, conocido con el nombre de *Tabula Peutingeriana*, copia de una carta itineraria del período de Caracalla y con elementos del *orbis pictus* de Agripa y, sobre todo, está en los hallazgos arqueológicos que van exhumando las recientes excavaciones aún no concluidas.

Si la etimología de Oplontis permanece incierta (del latín *opulentos*, del griego *ὄπλον*, 'cordaje de nave', o de *πλοῖον*, 'nave de comercio', o de la raíz *ὄραω*, 'ver', o del diminutivo *opulus*, o de lenguas itálicas más antiguas) la ubicación está determinada exactamente por la *Tabula* a seis millas romanas de Herculano y a tres de Pompeya, sobre el mar, en el subsuelo de la actual *Torre Annunziata*, lenta y parcialmente excavada. La simbología empleada en la *Tabula* cartográfica (recuadros y torres simples o dobles) y la arqueología coinciden también en caracterizar a Oplontis como centro de baños termales y como balneario marítimo. Todavía hoy tienen prestigio las propiedades terapéuticas de su agua mineral.

Los descubrimientos y excavaciones del lado occidental de la *Torre Annunziata* (la terma de Marco Craso Frugi, pág. 41, y la *villa* de C. Siculi, pág. 51, entre otros), que datan del siglo pasado, han quedado muy superadas por hallazgos recientes, en forma muy especial, por la monumental *Villa* llamada de Popea, de 65 ambientes, que "por extensión y composición arquitectónica" aventaja "a todos los otros ejemplos de *Villa suburbana*" (pág. 64). En estas excavaciones sistemáticas comenzadas en 1964, aún no concluidas por los obstáculos del canal del Sarno y de una calle, participó el autor, quien en dos publicaciones de 1975 y 1976, en Nueva York y Torre Annunziata respectivamente, informa sobre la *Villa*, por entonces llamada simplemente "romana". Decoraciones y pin-

turas murales del II y III, estilo y obras de arte al par de la monumentalidad arquitectónica, parecen corroborar la hipotética atribución de la propiedad a la mujer de Nerón, Popea, o a su *gens*.

Más reciente aún (1974) es el descubrimiento, en los terrenos de una escuela media, de la *Villa* de otro Craso —no se aceptaba hasta entonces la existencia de una familia Craso en la zona, llamado L. Craso Tercio, con columnatas que datan de la época prerromana.

Son muy valiosas y numerosas las notas, que agotan las noticias bibliográficas, al igual que las 28 ilustraciones con mapas, planos y obras de arte. Como pequeño reparo cabe agregar que los números que en los planos (pág. 39 y 57) señalan los descubrimientos arqueológicos no están explicados en el mismo plano, sino a lo largo de la obra. No se procedió así y se restableció el buen criterio en los planos de la *villa* de Popea, pág. 67, y de la terma de M. Craso Frugi, pág. 42.

El autor concluye que Oplontis, en la época de la erupción del 79, sería un gran *pagus* de Pompeya, que había crecido desmesuradamente rebasando los primitivos muros: patricios y comerciantes enriquecidos preferían la vida más rural de la periferia.

Nosotros concluimos que los daños del Vesubio —que trajeron ingentes beneficios— no fueron solo las tres clásicas ciudades desaparecidas. La zona era y es muy atractiva y estaba muy poblada; son más las poblaciones, los *pagos*, las *villae* suburbanas, "conservadas" bajo el manto de lava y ceniza durante casi dos milenios, por ese gigante guardián que es el Vesubio. Los autores antiguos en este caso guardaron extraño silencio, los modernos, descendientes de aquellos, se esfuerzan en sacar a luz y hacer conocer esas ciudades, que con su muerte enseñan cómo era su vida. Sólo es de rogar, más que esperar, que las antigüedades que el Vesubio por tanto tiempo nos guardara, no sean destruidas por el hombre con la contaminación ambiental del progreso.

Alfredo J. Schroeder

• • •